

Leonardo Boff

El despertar del águila

LEONARDO BOFF EL DESPERTAR DEL ÁGUILA

ISBN 84 - 8164 - 409 - 9 /



9 788481 644098



EDITORIAL TROTTA

- Kaplan, D. y Manners, R. A., *Teoria da cultura*, Zahar, Rio de Janeiro, 1981.
- Laraia, R. B., *Cultura. Um conceito antropológico*, Zahar, Rio de Janeiro, 1986.
- Lévi-Strauss, C., *Las estructuras elementales del parentesco*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1985.
- Lovelock, J., *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona, 1993.
- Maritain, J., *Filosofía moral*, Morata, Madrid, 1966.
- Marx, K., *Manuscritos: economía y filosofía*, Altaya, Madrid, 1993.
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del conocimiento*, Debate, Madrid, 1996.
- Moscovici, S., *Sociedade contra natureza*, Vozes, Petrópolis, 1985.
- Niebuhr, H. R., *Cristo e cultura*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1967.
- Poersch, J. L., *Evolução e antropologia no espaço e no tempo*, Herder, São Paulo, 1972.
- Radcliffe-Brown, A. R., *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Edicions 62, Barcelona, 1980.
- Ribeiro, D., *O processo civilizatório*, Vozes, Petrópolis, 1983.
- Ribeiro, H., *Ensaio de antropologia cristã*, Vozes, Petrópolis, 1985.
- Robert, J. M., *Compreender o nosso cérebro*, Edições 70, Lisboa, 1983.
- Rubio, A. G., *Unidade na pluralidade*, Paulinas, São Paulo, 1989.
- Ruiz de la Peña, J. L., *Las nuevas antropologías*, Sal Terrae, Santander, 1986.
- Sahlins, M., *Cultura y razón práctica: Contra el utilitarismo y la teoría antropológica*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Sklair, L., *Sociologia do sistema global*, Vozes, Petrópolis, 1995.
- Smulders, P., *A visão de Teilhard de Chardin*, Vozes, Petrópolis, 1969.
- Suess, P., *Culturas e evangelização*, Loyola, São Paulo, 1991.
- Teilhard de Chardin, P., *Ciencia y Cristo*, Taurus, Madrid, 1968.
- Teilhard de Chardin, P., *El fenómeno humano*, Orbis, Barcelona, 1985.
- Ullmann, R. A., *Antropologia: o homem e a cultura*, Petrópolis, 1991.
- Varios, *As culturas e o tempo*, Vozes, Petrópolis, 1975.
- Velho, G., *Individualismo e cultura*, Zahar, Rio de Janeiro, 1981.
- Verhelst, T., *O direito à diferença*, Vozes/ISER, Petrópolis, 1992.
- Weber, M., *Historia económica general*, FCE, Madrid, 1974.
- Werner, D., *Uma introdução às culturas humanas*, Vozes, Petrópolis, 1987.
- Wilson, E. O. (coord.), *Biodiversidade*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro, 1997.

EL ÁGUILA Y LA GALLINA, LO SIM-BÓLICO Y LO DIA-BÓLICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LO HUMANO

Hombre viene de *humus*, que significa tierra fecunda. Adán, *Adam* en hebreo, «criatura humana hecha de tierra», proviene de *adamá*, que quiere decir madre-Tierra. El ser humano es hijo e hija de la madre-Tierra. Es la Tierra en su momento de conciencia, de responsabilidad y de amor. Estas palabras, *Homo-humus*, *Adam-adamá*, ya indican la estrecha relación del ser humano con la Tierra y a través de la Tierra con los seres vivos y con todo el universo.

1. El carnet de identidad del ser hablante

La historia de cada persona es parte de la historia biosocio-cultural que, a su vez, es parte de la historia cósmica. Este enraizamiento hace que cuatro fuerzas constituyan su compleja identidad: la cósmica, la biológica, la cultural y la personal.

Una es la *cósmica*: estamos hechos de aquellas partículas elementales que tienen la edad del universo (15.000 millones de años) y de aquellos materiales forjados hace miles de millones de años en el interior de las grandes estrellas rojas, especialmente de los átomos de carbono, de oxígeno, de silicio y de nitrógeno indispensables para

la vida. Según informaciones del Tycho Brahe Planetarium de Copenhague, cada día caen sobre la Tierra cerca de 30 toneladas de polvo cósmico. En Groenlandia se puede ver y recoger de la nieve junto con el polvo terrestre (con 2/3 de pureza). Miles de millones de estas partículas entran en la composición de nuestro propio cuerpo, partículas que pueden ser más antiguas que la propia Tierra y que el sistema solar.

Otra fuerza es la *biológica*: hemos surgido a partir de formas primitivas de vida que se anunciaron en la Tierra hace más de 3.000 millones de años con todos sus componentes físico-químicos, morfogenéticos* y ecológicos. Estas formas se fueron volviendo cada vez más complejas hasta que aparecieron los homínidos bípedos con una inmensa capacidad de relacionarse que les permitió implementar su entendimiento. Añádase la formación de un cerebro de 600 centímetros cúbicos, capaz de elaborar las primeras síntesis de conocimientos. Con tal capacidad de conocimientos y de ordenaciones podían, rudimentariamente, construir lenguajes, símbolos, representaciones de la realidad y fabricar utensilios y abrigos. Al evolucionar la especie homínida emergió, por fin, el *homo sapiens* con un cerebro de 1.500 centímetros cúbicos, del cual somos descendientes directos. El *homo sapiens* no rompió la línea evolutiva ni perdió la herencia acumulada en toda la anterior trayectoria de vida; prolongó y confirmó una forma avanzada a la tradición biológica dentro de la cual se sitúa el ser humano.

A partir de la aparición de los mamíferos hace 216 millones de años, incorporó el calor afectivo que una madre/padre/hijos, y supo extenderlo a un círculo mayor en forma de ternura, de amistad y de amor.

En este nivel aparece la singularidad del ser humano, hombre y mujer. Reside en su capacidad de hablar y de ser un nudo de relaciones vitales y reflejas, ilimitadas. Es un ser de habla y de deseo. Pero el habla fundamentalmente marca el estadio de hominización. El habla es un fenóme-

no de carácter social y comunitario del ser humano. Su sociabilidad fue preparada por los insectos y por los animales gregarios como los primates superiores (babuinos, chimpancés y gorilas). Cerca del 98% de su carga genética nuclear coincide con la del ser humano.

La transformación estructural de los homínidos hasta su plena hominización se pierde en la penumbra de millones de años. No hay fósiles que nos permitan reconstruir el momento de la aparición de la particularidad humana, el lenguaje, que, probablemente, se relaciona con la vida comunitaria y social, pues recogían alimentos en grupo y los repartían socialmente. Los lazos afectivos e interpersonales estrechaban su cooperación.

El entendimiento no surge simplemente por tener un centro nervioso cerebral. El entendimiento está ligado al proceso biológico, hecho de inter-retro-relaciones de todos con todos, con intercambio de informaciones y establecimiento de lazos de reciprocidad y de comunión. Todo ese proceso vital constituye un aprendizaje. El ser humano se inserta en ese proceso. Su singularidad consiste en poder hablar y pronunciar el mundo. La palabra es la manera de ordenar y dar significado al mundo, de crear el mundo. El ojo que ve y habla el mundo es el mundo que el ojo ve y habla.

A partir del habla surgen la reflexión y la conciencia, como capacidades de describirse a sí mismo, percibir singularidades, discernir cambios y construir símbolos y significados. El ser humano habita significados hechos a partir de su interacción y comunión con la realidad que le rodea. Esta construcción es constitutivamente social. El mundo siempre se construye con los demás, surge de un acto colectivo de sinergia y de amor. Excluir a alguien del mundo es hacer violencia al dinamismo de la vida que siempre se construye por el juego de las interacciones y por la creatividad (autopoiesis, antroipoiesis*); los seres humanos están siempre entrelazados y envueltos unos en los otros. He aquí la base biológica de toda relación de

amistad y amor. Maturana y Varela, en su famoso libro *El árbol del conocimiento*, afirman:

Descartar el amor como fundamento biológico de lo social, así como las implicaciones éticas que ese operar conlleva, sería desconocer todo lo que nuestra historia de seres vivos de más de 3.500 millones de años nos legó... Sólo tenemos el mundo que creamos con el otro, y sólo el amor nos permite crear un mundo en común con él (pp. 209-210).

Ese amor nos hace ver la unicidad de la vida en la inmensa pluralidad de sus manifestaciones. Nosotros, los seres humanos, somos un eslabón de esta cadena de la vida. No nos está permitido olvidar la cadena, pues el eslabón considerado en sí mismo pierde sentido, porque pierde su re-ligación y su lugar en el conjunto de los demás seres vivos.

En tercer lugar, tenemos la fuerza de la *cultura*: el ser humano ha creado la cultura, realidad específicamente humana. La ha creado a partir de sus palabras que le abrieron la posibilidad de intervenir sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Esas intervenciones permitieron que crease el *hábitat* humano que los griegos, con justicia, llamaban *ethos*. *Ethos*, de donde viene la palabra ética, es en griego la morada humana en cuanto humana. Es decir, aquel pedazo del mundo que escogemos cuidadosamente, le damos un nombre, lo organizamos y en él establecemos nuestra habitación permanente.

Intervenir es trabajar. El trabajo, junto con el lenguaje, es uno de los medios más importantes para forjar la cultura, porque no sólo crea instrumentos y aparatos tecnológicos para transformar la naturaleza, también suscita lenguajes, contenidos de la conciencia, formas de sentir, de valorar, de relacionarse psicológica y socialmente con los demás. Pertenece al trabajo cultural la creación de lenguajes, ideas, mitos, artes, etnias, organizaciones sociales como la ciudad, los estados-naciones y hoy la planetización.

Cada cultura proyectó su gran sueño hacia lo alto y testimonió su encuentro con el Misterio que se esconde y se revela en el universo y en cada cosa. Lo llamó con mil nombres: Olorum, en la cultura nagô; Yahvé, en la hebrea; Alá, en la cultura musulmana; Tao, en la china y japonesa; Padre y Madre divinos, en la cristiana. Todo en la cultura lleva la marca registrada del ser humano, que también queda marcado por ella.

Por último tenemos la fuerza de la *persona*: cada uno posee un nombre propio, una descripción de sí mismo, porque cada uno representa un punto donde termina y se compendia el proceso evolutivo. Por el hecho de ser hablante, reflexivo y consciente, cada uno hace una síntesis singular, única, irrepetible de todo lo que capta, siente, entiende y ama.

Con los materiales acumulados en su inconsciente colectivo y los recogidos en su consciente hace una lectura y una apreciación que nadie más que él puede hacer. Se auto-organiza (autopoiesis) y también se auto-regula en el contexto de la auto-ordenación social. Por eso cada persona representa un absoluto concreto, la punta de la pirámide hacia donde convergen todas las líneas ascendentes de la evolución. Cada uno está en el vértice. En razón de eso se entiende la dignidad humana. Y también se entiende la afirmación de los filósofos que enseñaban: el ser humano singular es un fin en sí mismo y no puede ser medio para nada.

Tal afirmación no debe llevar a la persona a la arrogancia ni a reforzar el antropocentrismo, tan criticado anteriormente, como si la persona fuese el centro del universo. La punta de la pirámide no está aislada, está unida a toda la pirámide en una intrincada red de solidaridades e interdependencias. El ser humano procede de la cadena de la vida. Debe entenderse cósmico-bio-socio-antropológicamente.

Igual que en nuestro carnet de identidad figuran los nombres de nuestro padre, de nuestra madre y de nuestro

lugar de origen, también aquí, en nuestro complejo carnet de identidad humano, aparecen nuestros cuatro enraizamientos: cósmico, vital, cultural y personal.

Somos, efectivamente, un microcosmos. No debemos avergonzarnos de nuestras múltiples raíces. Al contrario, tenemos motivos para enorgullecernos de nuestro mestizaje universal. Necesitamos acoger humildemente nuestro mil millonario proceso de formación. Saludar la inmensa riqueza cósmica que desemboca en nosotros y que adquiere un perfil personalísimo en cada individuo. Él siempre surge como un mar de interrogaciones, un Amazonas de deseos y un océano de utopías.

Hoy, gracias a la civilización tecnológica, profundizamos todavía más en nuestros enraizamiento, tanto microdimensional como macrodimensionalmente. Estamos dejando la Tierra y lanzándonos a los espacios celestes.

Sí, algo nuestro, como la nave espacial *Voyager 2*, se ha convertido ya en cuerpo interestelar al sobrepasar los confines del sistema solar. Liberada de las fuerzas gravitatorias de nuestro sistema, viajará, si no sucede nada, durante más de 1.000 millones de años alrededor del centro de la Vía Láctea. Lleva consigo un disco fonográfico de oro conteniendo, en él y en su envoltura dorada, saludos en 59 lenguas humanas; una en la lengua de las ballenas; un ensayo sonoro de doce minutos que incluye un beso, el llanto de un bebé y el registro electroencefalográfico de las emociones de una joven apasionada; 116 imágenes codificadas sobre nuestra ciencia, nuestra civilización y sobre el ser humano; y noventa minutos de los mayores éxitos musicales de la Tierra, desde músicas primitivas, pasando por Bach y Stravinski, hasta los blues modernos. Algo nuestro se ha hecho perenne en el universo.

Si un día la nave es abordada por seres inteligentes de otros mundos, podrán conocer la historia de los humanos de este minúsculo planeta-Tierra del sistema solar. Tal vez la Tierra y la humanidad puedan haber desaparecido, o por la evolución nuestra especie pueda haberse transfor-

mado en otra. Pero la *Voyager 2* permanecerá como un sacramento de la Tierra. Sin ninguna intención agresiva, es en sí misma un mensaje de comunión, una búsqueda respetuosa de relación con otros eventuales compañeros de aventura cósmica.

2. *El ser humano, último en llegar al escenario de la historia*

Para empezar, debemos renunciar a cualquier tipo de arrogancia o pretensión de privilegio o de dominio. No hemos asistido al nacimiento del universo. No es la Tierra para nosotros, nosotros somos para la Tierra. Ella no es fruto de nuestro deseo, ni necesita de nosotros para producir su inmensa complejidad y biodiversidad. Nosotros somos el resultado de procesos cósmicos, planetarios y biológicos anteriores a nuestra aparición. Hemos sido los últimos en llegar, entramos en escena cuando ya había transcurrido el 99,98% de la historia del universo.

Hace 3.800 millones de años nuestros antepasados eran microbios en las grietas profundas de los océanos. Hace 500 millones de años éramos peces. Hace 235 millones de años éramos dinosaurios. Hace 150 millones de años éramos pájaros. Hace 10 millones de años éramos primates, que saltaban alegremente de rama en rama en las selvas africanas. Hace un millón de años éramos ya plenamente humanos e intentábamos domesticar el fuego. Hace 100.000 años, enterrábamos con rituales y flores a nuestros muertos. Hace 40.000 años ya nos comunicábamos con lenguajes elaborados. Hace 10.000 años hacíamos las primeras plantaciones y domesticábamos perros y gallinas. Desde aquella época la gallina quedó confinada en los gallineros y se transformó en la expresión de una dimensión humana, de la historia y del universo, como hemos venido reflexionando a lo largo de este libro.

Venimos de esa larga historia. Igual que la vida emergió de la Tierra, así el ser humano emergió de la vida. So-

mos parientes y consanguíneos de todos los seres vivientes del planeta. Entre los humanos y los chimpancés existe, por ejemplo, un 99,6% de genes activos en común. La versión humana del cromosoma se diferencia de la del mono *rhesus* por un único aminoácido. Y de las versiones del perro, la rana, el gusano de seda y el trigo por 11, 18, 43 y 53 aminoácidos respectivamente. ¿Podrá existir mayor parentesco entre las especies que éste? Los primates superiores no son solamente nuestros antepasados; son nuestros primos-hermanos, junto con los demás seres vivos.

Pero esas cuatro décimas de diferencia y ese único aminoácido marcan toda la diferencia. Debemos detenernos en ella, pues de ahí surge lo humano de la humanidad. Ya hemos visto que se basa en el lenguaje, que se desdobra en la reflexión y en la conciencia. Profundicemos sucintamente en esa perspectiva.

3. *El espíritu: primero en el cosmos, después en la persona*

El lenguaje, con sus dominios lingüísticos, se desdobra en reflexión y en autoconciencia, mediante las cuales el ser humano crea el mundo junto con los demás. En ese proceso, demuestra autodeterminación, capacidad de responsabilizarse y de revelarse como un ser ético, capaz hasta de tomar decisiones en perjuicio propio para defender desvalidos. Demuestra capacidad de compasión, de ternura y de comunión con todos los seres hasta el punto de sentirse uno con ellos. Saca a la luz su capacidad creativa por la cual modifica su mundo circundante. Por último, deja entrever una apertura ilimitada al mundo, a la cultura y a lo infinito. El ser humano es todo eso e incluso más, pues está habitado por una pasión insaciable que no encuentra en el universo ningún objeto que le sea adecuado y le permita descansar. Es un proyecto infinito.

Todas estas determinaciones se pueden resumir en la palabra «espíritu». El ser humano es portador singular del espíritu. Pero no es el único, como pronto veremos.

Para entender el espíritu necesitamos ir más allá de las dos interpretaciones: la clásica y la moderna. La clásica dice que el espíritu es un principio sustancial, una parte del ser humano al lado de la materia, que es su cuerpo. Sería el lado inmortal, vital, inteligente, capaz de amor y de transcendencia. Convive, por un determinado tiempo, con el lado mortal, opaco y pesado: el cuerpo. La muerte separa a uno del otro. El cuerpo vuelve a la tierra. El espíritu regresa al cielo. Esta visión es dualista y no responde a la unidad concreta del ser humano, todo entero vivo y abierto, todo él con un deseo de eternidad para el cuerpo y para el espíritu.

La concepción moderna dice que el espíritu no es una sustancia, sino el modo de ser singular del hombre/mujer, cuya esencia es la libertad. Él sería portavoz exclusivo de la dimensión espíritu. Y el espíritu en el ser humano es libertad. Por la libertad se construye a sí mismo (autopoiesis) y plasma el mundo. Pero el espíritu humano no puede ser comprendido desconectado del proceso cosmogénico, del espíritu en la naturaleza, en la historia y en el cosmos. No puede quedar aislado como una realidad aparte, sin relación con el proceso global que se presenta como un sistema abierto y marcado por la indeterminación, por la continua creación y por la auto-organización.

Existe la concepción contemporánea del espíritu, elaborada a partir de la nueva cosmología, como sucintamente hemos presentado en el capítulo segundo, y ésa es la que asumiremos: el espíritu se encuentra dentro del inmenso proceso de evolución ascendente. Ahí se fue constituyendo y alcanzando emergencia y autoconciencia creciente hasta expandirse hacia adentro y hacia afuera en una concreción única que llamamos espíritu humano.

El espíritu posee una ancestralidad como la del universo. Por eso la importancia de partir, en primer lugar, del espíritu en su dimensión cósmica; desde ahí veremos su realización singular en el espíritu humano. ¿Qué es entonces el espíritu?

En la perspectiva cosmogénica entendemos por espíritu la capacidad de interaccionar de las energías primitivas y de la propia materia, de autocrearse (autopoiesis), de auto-organizarse, de constituirse en sistemas abiertos, de comunicarse y de formar redes complejÍsimas de inter-retro-relaciones que sustentan todo el universo. El espíritu es fundamentalmente relación, interacción y auto-organización en distintos grados de concretización. Desde el primer momento de la explosión inicial se crearon relaciones e interacciones, gestando unidades todavía rudimentarias que se fueron organizando de forma cada vez más compleja. Surgía entonces el espíritu, que es la actividad autocreativa y auto-organizativa de todo el universo, de las energías y de la materia. Tal perspectiva ha sido genialmente descrita por la «teoría de Santiago» (Chile), de los profesores Maturana y Varela.

El universo está lleno de espíritu porque es reactivo, panrelacional, auto-organizativo y complejo. En este sentido no hay seres inertes distintos de otros llamados seres vivos. Todos participan, en diferente grado, del espíritu y de la vida. La diferencia entre el espíritu de una roca y el espíritu humano no es de principio sino de grado. El principio de relación, de interacción y de auto-organización compleja se realiza en ambos, aunque de forma diferente.

El espíritu humano es este mismo dinamismo hecho palabra y por eso mismo reflexivo y consciente. Se siente insertado en el todo y vinculado a una parte del universo, es decir, a un cuerpo animado y vivificado. A través de ese cuerpo entra en contacto con todos los demás cuerpos y energías del universo. Por medio de él, y no sólo por medio de la mente, conoce a los otros y se conoce a sí mismo. A nivel reflejo el espíritu es comunicación, irradiación, entusiasmo. También es creación y autotranscendencia hacia fuera de sí mismo, gestando comunidad con lo más diferente, hasta con la absoluta Alteridad, Dios. El hombre/mujer-espíritu es lo más abierto y lo más universal que existe. Es un diccionario hablante ilimitado, un nudo de

relaciones y re-ligaciones hacia todas las partes y dimensiones, por las que organiza morfogenéticamente el conocimiento. La vida consciente, libre, creadora, amorizadora que caracteriza la vida humana es el espíritu. Es el águila en su pujante naturaleza de águila. Es el símbolo en su verdadera acepción de ligar y de re-ligar.

Si el espíritu es vida y relación, su opuesto no es materia sino muerte y ausencia de relación. También pertenece al espíritu su capacidad de aislamiento, de rechazo a la comunicación con los demás, su voluntad de dominación. Pero nunca lo consigue totalmente, porque vivir negándose a con-vivir implica siempre estar conectado y conectarse. El águila puede convertirse en gallina sin perder jamás su naturaleza esencial de águila. Es el imperio de lo diabólico como energía de desestructuración y muerte, como caos generador de descomposición.

4. *La subjetividad es cósmica y personal*

Todos los seres del universo, cuanto más complejos son, más vitales se presentan, y cuanto más vitales, más interioridad y subjetividad poseen. Esta interioridad y subjetividad va, a su vez, densificándose hasta alcanzar un grado eminente en el ser humano, que posee un centro a partir del cual organiza toda su vida consciente. Posee profundidad, dimensión amenazada con desaparecer en la cultura materialista de consumo y de masas. Su yo consciente dialoga con su yo profundo. Tan complejo como el macrocosmos es el microcosmos interior del ser humano. Está habitado por energías ancestrales, por hablas arqueológicas, por visiones y arquetipos abismales, por pasiones, a veces tan virulentas como los tifones y terremotos. Habitado por ángeles y demonios, por lo sim-bólico y por lo dia-bólico, por tendencias de ternura y compasión que pueden enjugar cualquier lágrima y desvanecer cualquier abatimiento.

Escuchar esta voz interior, dialogar con este universo íntimo, integrarlo a partir de un centro personal y libre, canalizar las pluriformes energías, particularmente ligadas a la libido, a los arquetipos de lo masculino, de lo femenino y del *self*, armonizar lo sim-bólico con lo dia-bólico en un proyecto coherente, autónomo y revelador de la persona, es realizar el proceso de individualización/personalización.

Asumir este proceso es conferir al espíritu de cada persona humana un perfil singular y único. Es construir su propia espiritualidad. Esta espiritualidad pertenece a la autoconstrucción humana, aunque no esté encuadrada en un marco religioso. Pertenece a la caminata que cada uno hace rumbo a la escucha y a la conquista de su propio corazón. Obviamente, para una persona religiosa dialogar con su realidad profunda, escuchar las llamadas que afloran de su centro, significa oír a Dios y obedecer su Palabra.

5. ¿Cuál es la misión del ser humano en el universo?

Las reflexiones que hemos hecho nos conducen naturalmente a esta pregunta: ¿Cuál es el sentido del ser humano en el conjunto de los seres y en el universo?

El ser humano no ha sido llamado a la existencia para dominar, amenazar y destruir a las demás especies, como lo hace actualmente y como hace tiempo lo hicieron los dinosaurios. Sería ir contra el sentido de la flecha del tiempo, que se rige por la ley más universal que existe: la solidaridad cósmica. El ser humano es miembro, entre otros tantos, de la inmensa comunidad universal, planetaria y biótica.

Por ser portador singular del espíritu que atraviesa todas las cosas, está llamado a pronunciar el gran mensaje. Debe hacer consciente la presencia inefable de Dios en el universo, que siempre estuvo allí, antes del *big bang*, en el corazón del núcleo que originó la energía primitiva, des-

pués del *big bang*, en todas las ascensiones, en todas las bifurcaciones, en todas las destrucciones, en todos los órdenes y sinergias universales. Estaba allí con su poder y ternura y, ahora, en el ser humano, Él surge en la palabra y, por ella, en la conciencia y en la reflexión. He aquí la primerísima misión del ser humano-hablante: proferir la palabra reveladora de aquella Presencia que atravesaba todo el universo y cada una de sus manifestaciones.

El ser humano debe agradecer, celebrar y alabar la indescriptible irradiación que se deriva de esta Presencia en forma de belleza y de simetría dinámica de la creación. Imbuido de esta Suprema Realidad se siente capaz de hacer del caos y de lo dia-bólico la condición para un cosmos más rico y más sim-bólico.

La tradición judeo-cristiana habla del sábado como del día de descanso de la creación. Los seis días de la creación representan el trabajo de Dios. El sábado Dios descansó, se alegró y festejó el resultado de su acción creadora. El descanso es la plenitud del trabajo y de la creación.

Este relato sim-bólico da una pista al ser humano. Existen seis días para trabajar y producir y un día para la gratuidad y el ocio, para la fiesta y la danza. El trabajo es penoso y divide a las personas por sus intereses y por el desigual reparto de sus frutos. El sábado todos deben olvidar estas diferencias y colocarse en el mismo terreno, iguales y confraternizados, como hijos e hijas de la Tierra, y hermanos y hermanas universales. En este día no hay que producir ni obras, ni pensamientos, ni estructurar intereses; hay que festejar, comer, bailar y extasiarse juntos, en la gran comunidad humana, social y cósmica.

Al vivir esta dimensión, el ser humano comparte la profunda gratuidad del universo. Cumple su misión cósmica siguiendo los pasos de la fiesta del propio Dios. Cuando regrese a lo cotidiano, trabajará sin sentirse esclavizado o víctima de la lógica de la productividad.

Por su espíritu y su autoconciencia, el ser humano se muestra siempre co-creador. Interviene en su mundo cir-

cundante, se adapta a él y lo adapta a su proyecto. Se hace responsable por el sentido de su libertad y de su creatividad. Se revela así como un ser ético, que puede actuar con la naturaleza o contra ella. Puede desentrañar virtualidades presentes en cada cosa y en cada ecosistema. Conociendo las leyes de la naturaleza, puede usar ese conocimiento para prolongar la vida, reducir y hasta anular la entropía de los procesos evolutivos. El futuro de la Tierra dependería, así, del ser humano.

Las tradiciones de los pueblos y el Génesis hablan del ser humano como jardinero que cultiva la tierra con cuidado y con sentido estético. Es un verdadero culto que genera cultura. Está llamado a completar la creación dejada incompleta, a añadirle dimensiones que posiblemente jamás verían la luz sin él. Tal vocación no debe servir de pretexto para el antropocentrismo* y la ideología de la dominación del mundo. Su intervención en el mundo debe darse sin sacrificar la comunidad planetaria y cósmica de la que participa. Está llamado a ser el *sím-bolos* y no el *diá-bolos* de la creación.

Tiene además la misión de ser médico de la Tierra. Históricamente se mostró demente, amenazó, desestructuró y mató. La máquina que mata también puede salvar. Somos llamados a revitalizar, animar y reintegrar lo que durante siglos fue agredido, herido y desestructurado. No podemos, con una actitud oscurantista, dar la espalda a la ciencia y a la técnica y entregar la Tierra a sus llagas y enfermedades. Si en tiempos pasados la hemos herido y luego seguimos maltratándola, debemos, hoy, sanarla y darle condiciones de salud integral. Las soluciones terapéuticas deben inspirarse en muchas fuentes y tradiciones curativas ensayadas por los pueblos, desde los más primitivos hasta los más contemporáneos. En ese afán no debemos despreciar el apoyo de nuestra civilización científico-técnica, aunque haya sido la principal causante de sus traumatismos.

Finalmente, nuestra civilización tecnológica, tan sim-

bólica como dia-bólica, nos suscita una pregunta radical: ¿Cuál es su significado más trascendente? ¿Hacia dónde se encamina? ¿A la dominación de la Tierra? ¿A hacernos solamente más ricos a cambio de volvernos más pobres espiritualmente, más alejados de nuestras raíces vitales y cósmicas? Al responder a estas preguntas surge otro aspecto de la misión humana: la de salvar la Tierra y la propia especie *homo*.

Es importante reconocer los inestimables méritos de la civilización tecnológica, que nos ha permitido salir de la Tierra, avanzar dentro del espacio exterior, llevar humanos a la Luna y robots a Marte. Mediante sondas, satélites y telescopios acoplados a estaciones en órbita conseguimos estudiar casi todos los planetas y lunas del sistema solar. Esta civilización tecnológica ha hecho posible la realización de una de las aspiraciones más antiguas de la humanidad: poder volar como los pájaros, poder viajar hasta donde es posible ir.

¿Hasta dónde podemos ir? Hasta el espacio sin fronteras, más allá del Sol, de las estrellas, de las galaxias y de todo el universo. Hasta el infinito, pues hasta allí llega nuestro sueño y nuestro deseo. Y no es que volemos por tener aviones y cohetes espaciales; volamos porque ansiamos volar. Por causa de esta sed irresistible de volar hemos creado el avión y los cohetes. Es el águila llamándonos siempre hacia arriba y cada vez más alto.

La aventura espacial, iniciada en los años sesenta, revela la dimensión cósmica del proyecto humano. Nos proporciona una comprensión más concreta del radical deseo humano de trascender siempre, de violar todas las barreras y de satisfacerse sólo con lo infinito.

El cielo profundo, por encima nosotros, es el mayor *sím-bolo* de esta transcendencia. Por eso los seres humanos quieren llegar allí. Bien lo expresaba el astronauta ruso Yuri Romanenko al regresar a la Tierra después de haber permanecido dos años en el espacio: «El espacio es un imán. Después de haber estado allá arriba, sólo piensas

en volver». Queremos volver al cielo porque somos algo más que hijos e hijas de la Tierra. Somos, en verdad, seres celestiales y cósmicos. Del cosmos venimos y al cosmos queremos consciente e inconscientemente volver. Siempre fuimos errantes. A partir del neolítico permanecemos, por breve tiempo, sedentarios en viviendas, ciudades y estados. Ahora retomamos nuestro espíritu errante poniendo rumbo a las estrellas, nuestra verdadera morada. ¿Los materiales de que estamos hechos no se formaron en el seno de las grandes estrellas rojas hace miles de millones de años?

Pero tampoco es nuestro origen estelar lo que explica nuestro afán de explorar el espacio que hay sobre nuestras cabezas. Existe una razón mucho más práctica: sentimos la urgencia de sobrevivir como especie.

En primer lugar, el desarrollo exponencial del proyecto científico-técnico originó el principio de autodestrucción. Por primera vez en la historia, nuestra especie puede destruirse a sí misma. Es natural que las personas no quieran aceptar ese eventual veredicto de muerte. Los que pueden, quieren huir hacia el espacio, muy lejos de la casa en llamas. En segundo lugar, las ciencias de la Tierra nos proporcionan datos bastante precisos de los impactos que el planeta sufrió durante el tiempo de su formación. En alguna ocasión casi todo su capital biológico fue destruido como, por ejemplo, en el período cretáceo-terciario, hace 67 millones de años. Desaparecieron entonces, en un corto lapso de tiempo, los dinosaurios. Curiosamente, se constató que, siempre que hubo destrucciones en masa en la biosfera, siguió una fantástica proliferación de nuevas formas de vida. Una especie de *vendetta* del sistema-vida. La vida quiere más vida.

Hoy sabemos que existen cerca de 300.000 asteroides con más de 100 metros de diámetro próximos a la Tierra. Y más de 2.000 con diámetros de un kilómetro o más. En la nube de Oort, en los confines del sistema solar (entre 20.000 y 100.000 unidades astronómicas), existe más de

un billón de meteoros, asteroides y cometas, algunos muy grandes. De vez en cuando salen de allí, por razones gravitacionales todavía no aclaradas, y colisionan con los planetas solares. Ningún planeta, ni la Tierra, saldría inmunes a un choque de éstos. Cayendo aquí harían estragos formidables. Algunos de ellos, según dicen reconocidos científicos, podrían destruirnos.

Si nuestra especie *homo* desapareciera, seguramente sería sustituida por otra diferente, inteligente y, esperamos, más sabia. Podría ser alguna rama directa de la especie *homo* o algún ser complejo de otro linaje. Los biólogos han constatado que en el árbol de la vida, especialmente a partir de la aparición de los animales, se verifica una creciente complejidad morfogénica y una fuerte presión selectiva. Se favorecen así redes de conocimiento más ricas y la creación de redes de neuronas de cada vez más complejas, terminando en el cerebro humano. Este proceso se mantiene y será responsable del tipo de inteligencia y amorización humanos que surgirá de la misma forma que en otros tiempos. Todavía hoy lleva a la humanidad a evolucionar en dirección a un superorganismo planetario. Tiende a hacerla más social, más comunitaria, más solidaria y cooperativa.

El peligro de una hecatombe biológica es permanente. Para salvaguardar la Tierra y la biosfera se estudian hoy tecnologías de deflexión (desvío de ruta) de los asteroides o incluso la posibilidad de ser ocupados por los humanos. Se crearían en ellos condiciones de vida artificial, aprovechando materiales utilizables como los hielos y otros elementos físico-químicos y orgánicos que allí abundan y se alteraría su trayectoria para que no causase daño a los planetas solares.

Otros piensan, seriamente, en la posibilidad de que los seres humanos comiencen a terraformar los planetas vecinos, especialmente Marte, la luna de Neptuno, Tritón y Titán, la de Saturno. Allí podría vivir una parte de la humanidad en condiciones técnicas favorables. Así, los

huevos no estarían todos en la misma cesta. En el caso en que se produjera algún cataclismo en la Tierra, se salvaría una parte de la humanidad para dar continuidad al proyecto humano. Como en el arca de Noé, no se salvarían sólo humanos, sino también otros compañeros de la comunidad biótica como microorganismos, plantas y animales.

El sueño va más lejos. Con los crecientes avances tecnológicos, debemos pensar en viajes siderales que penetrarían en la Vía Láctea en busca de otros sistemas estelares que tengan planetas habitables. Existen unas centenas de millares de millones de ellos en nuestra galaxia.

El ser humano se autoconstruiría de manera diferente. Quizá integrando en su cuerpo ordenadores, silicona y otros materiales acoplados a su sistema vital y orgánico. Superaría de una vez para siempre su visión antropocéntrica y etnocéntrica. Se sentiría realmente un ser cósmico. Haría su autopoiesis con los más diferentes materiales orgánicos e inorgánicos, pero siempre con el propósito de potenciar su ser-hombre. Allá lejos, en tales parajes cósmicos, se desarrollaría, creando culturas diferentes, seguramente otro tipo de personas, todas versadas en altas tecnologías, como lo estamos hoy nosotros en el alfabeto o en las tecnologías de los aparatos domésticos. Tales personas se acordarán tal vez, como dice el cosmólogo Carl Sagan († 1996), de sus antepasados casi míticos, que en la segunda mitad del siglo xx, en el tercer planeta del sistema solar, la Tierra, se aventuraron por primera vez a navegar por el mar océano de los espacios siderales. Sonreirán con admiración y amor por nosotros.

Crece cada vez más esta conciencia: o prolongamos la aventura de los vuelos espaciales o corremos el riesgo de destruirnos a nosotros mismos, o de ser destruidos por algún impacto procedente del exterior. Los proyectos espaciales norteamericanos, rusos y europeos estarían al servicio del inconsciente colectivo de la humanidad. De manera anticipada y pronóstica, el ser humano presentiría un

eventual cataclismo capaz de interrumpir la aventura humana en la Tierra.

Es importante escuchar la llamada del inconsciente colectivo, ese viejo sabio que habla dentro de nosotros, y asociarlo a la otra llamada que viene de la ciencia moderna, hecha con conciencia. La ciencia nos apremia a comprender más radicalmente nuestra misión, que es salvar nuestra especie junto con los representantes de otras especies, proteger nuestro bello planeta contra las amenazas de asteroides fatales o de otros peligros venidos de los espacios siderales.

La misión del ser humano todavía llega más lejos: al terraformar, cabe al ser humano diseminar vida en toda su diversidad. Por el hecho de haber recibido la vida, como el mayor don de la cosmogénesis, debe dar vida a los demás. Transportada a otros mundos, la vida seguirá su curso. Resistirá las situaciones adversas, se adaptará al ambiente, creará para sí un medio ambiente adecuado, como creó un día la biosfera sobre la Tierra. Se hará más compleja y producirá especies tal vez nunca vistas, todas llenas de propósito y vitalidad.

Esa misión radical del ser humano —la de diseminador de vida en el universo— nos recordará la frase de aquel que se consideró como el Hijo del Hombre y que, a su tiempo, dijo: «Yo vine a traer vida y vida en abundancia». Esta misión no sólo alcanza al Hijo del Hombre, sino a todos los hombres, hermanos y hermanas suyos.

En esta línea de reflexión, se despierta como nunca en nosotros la dimensión-águila. Si nos quedamos sólo en la dimensión-gallina, esto es, si nos quedamos en casa, mejorando sólo nuestro planeta, sin el propósito de ir más allá, no estaremos a salvo de posibles peligros procedentes de los impactos exteriores o de nosotros mismos. La condición para sobrevivir es dar alas al águila para que levante su vuelo y se salve en los cielos. Si el universo se expande, los seres humanos obedecemos a la

misma lógica: también nos estamos expandiendo, viajando rumbo a las estrellas.

Finalmente, existe una última misión del ser humano que sólo se entiende dentro de una perspectiva espiritual: el ser humano existe para permitir a Dios una realización única. Hemos afirmado con frecuencia que el ser humano está abierto al infinito. Esta apertura se ordena a recibir al Infinito dentro de sí. Es como una copa de cristal. Sólo cumple su misión cuando se llena de precioso vino. Dios creó al ser humano con una sed infinita para poder auto-comunicarse a él y saciarlo plenamente. Aun más: Dios sale de sí totalmente y se entrega absolutamente a algo diferente. Dios se hizo humano para que lo humano se hiciera Dios. Cuando Dios resolvió salir de sí mismo a ir al encuentro de alguien que lo acogiese totalmente, entonces surgió el ser humano. El ser humano es el reverso de Dios. Permitir esta realización divina —la total comunicación de sí al otro— es la suprema misión del ser humano, hombre y mujer. Para eso fue pensado, eternamente amado y colocado en la creación. Él se descubre como un proyecto infinito porque hospeda al Infinito dentro de sí. La búsqueda de los espacios infinitos en el cosmos es símbolo de la búsqueda del Infinito real. Solamente en él descansa verdaderamente, porque sólo él colma su capacidad de habla y de deseo.

6. Polarizaciones del ser humano

Después de esta larga y necesaria introducción, debemos considerar algunas características fundamentales del ser humano. Aparecen bajo la forma de complejidades, verdaderas polarizaciones auto-incluyentes en las que surge claramente la misma estructura que identificamos en el universo y en la historia: la dimensión-águila y gallina, simbólica y dia-bólica.

Sería largo detallar esta estructuración compleja. Es

extremamente fecunda, pues el ser humano se presenta como el ser más complejo que conocemos. Representa uno de los infinitos que encontramos en el universo. Existe lo infinitamente grande del cosmos, lo infinitamente pequeño del microcosmos, lo infinitamente complejo de la mente y lo infinitamente profundo del corazón humano. Vamos a considerar sólo algunas de estas polarizaciones en las que surge la dimensión-águila y gallina, simbólica y dia-bólica. La principal de ellas, el ser humano como cuerpo-espíritu, acabamos de abordarla. No necesitamos insistir en ella. Veamos otras.

6.1. Ser humano: hombre y mujer

La especie humana siempre se manifiesta bajo una diferencia, como hombre y como mujer; en la visión judeocristiana bajo el nombre de Adán y de Eva.

Biológicamente son casi iguales. Ambos poseen un núcleo celular con 23 pares de cromosomas. Uno de esos 23 pares, responsable de determinar el sexo, está formado por 2 cromosomas X (XX) en la mujer, y por un cromosoma X y un cromosoma Y (XY) en el hombre. Sobre esta pequeñísima diferencia se basan todas las demás que se dan a nivel hormonal, psicológico y cultural.

Sin embargo, sexo no es sólo algo que los seres humanos tienen —sexo genético, genital, gonadal y hormonal— sino algo que los seres humanos *son*. Todo lo que el hombre y la mujer hacen, lo hacen en cuanto hombre y mujer. La sexualidad entra, por tanto, en la definición esencial del ser humano. Es la llamada sexualidad antropológica, que se expresa por lo masculino y por lo femenino.

Femenino y masculino pertenecen al orden del ser. Están presentes en cada ser humano, hombre y mujer. No son cosas (tener) sino principios y dimensiones (ser) del mismo y único ser humano. Es decir: en el hombre existe la dimensión masculina y femenina; en la mujer, la dimensión femenina y masculina. En la mujer lo femeni-

no es más denso que lo masculino, por eso es mujer y no hombre; en el hombre lo masculino es más denso que lo femenino, por eso es hombre y no mujer. Los psicólogos dicen que el *animus* (masculinidad) y el *anima* (feminidad) son determinaciones de cada ser humano.

Este hecho nos lleva a considerar tres puntos fundamentales: *primero*, que el hombre y la mujer son siempre diferentes y completos en sí mismos. *Segundo*, que son siempre recíprocos, es decir, abiertos el uno al otro. *Terce-ro*, que son complementarios: uno ayuda al otro a realizar su propia humanidad plena y juntos muestran la humanidad total. Solamente comprendiendo al ser humano como masculino y femenino y como hombre y mujer, comprendemos algo que le es esencial. Si aislamos al hombre de la mujer y a la mujer del hombre, nos perdemos, cometemos una injusticia con ambos, abrimos espacio a la guerra de los sexos con la eventual dominación del uno sobre el otro, ya sea dominando el hombre por el patriarcado, ya sea dominando la mujer por el matriarcado. Esto ha sido lo que ha ocurrido históricamente.

Hoy la humanidad procura, conscientemente, superar esta guerra histórica y desarrollar relaciones de igualdad entre los sexos: acogiendo la diferencia, incentivando la reciprocidad y valorando la complementariedad. Los seres humanos cuentan por lo que son como personas, con todas sus diferencias, no sólo por el sexo biológico del que son portadoras.

¿Qué es lo femenino, y qué lo masculino?

Lo femenino en la mujer y en el hombre es el *esprit de finesse* que ya comentamos. Es la capacidad de entereza, de percepción de totalidades orgánicas, de unicidad del proceso vital en sus más diversas manifestaciones; es subjetividad, ternura, cuidado, acogida, nutrición, conservación, cooperación, sensibilidad, intuición, experiencia del carácter sagrado y misterioso de la vida y del mundo.

Lo masculino en el hombre y en la mujer es el *esprit de géometrie*, de objetividad, de análisis, de trabajo, de com-

petición, de auto-afirmación, de racionalidad, de capacidad de abrir caminos, de superar obstáculos y de plasmar un proyecto con determinación.

No debemos monopolizar lo masculino solamente en el hombre y lo femenino solamente en la mujer. Ésa es la equivocación de la cultura dualista occidental y de otras culturas patriarcales que olvidaron que el hombre y la mujer tienen dentro de sí la totalidad masculina y femenina. Cada cual debe realizar la síntesis a partir de su situación concreta de hombre o de mujer.

Ambos principios, masculino y femenino, deben convivir, actuar entre sí, complementarse y construir cada ser humano, con ternura y vigor, con subjetividad fecunda y con objetividad segura.

6.2. Ser humano: utópico e histórico

Existe otra polaridad humana que ya hemos considerado en su dimensión sociocultural: la utópica y la histórica. Conviene considerarla otra vez en la dimensión personal. El ser humano es un ser utópico que se desenvuelve en la historia concreta. Como pronto veremos, surge de nuevo y con naturalidad la perspectiva águila/gallina.

Utopía y sus afines, fantasía e imaginación, no gozan de buena reputación en nuestra cultura dominante. Siempre se las contraponen a la realidad. Frente a las propuestas fascinantes de alguien se dice: es una utopía, una fantasía, es pura imaginación. No obstante, hace ya varios decenios la reflexión sociológica y filosófica recuperó la eminente dignidad de la utopía, de la imaginación y de la fantasía.

Para entender su aspecto positivo, necesitamos analizar primero críticamente la comprensión dominante de la realidad que se contraponen a la utopía. ¿Qué es lo real para el hombre moderno?

Real es todo lo que puede ser visto, sentido y tocado. En ciencia, real es lo que puede ser objeto de experimentación empírica. Experimentación que puede repetirse y

traducirse a través de una expresión matemática (metros cuadrados, cantidad de energía, etc.) o a través de una fórmula físico-química (miligramos de nitrógeno, de sulfato, de oxígeno, etc.). Real es algo que está dado y está ante nuestra consideración, queramos o no.

Esta visión es en parte correcta y en parte reduccionista. Es correcta porque lo real no deja de ser algo dado, pero es reduccionista si entendemos lo dado como algo cerrado y acabado en sí mismo. Las reflexiones que hemos hecho a lo largo de este libro siempre han insistido en lo mismo: lo dado fue hecho; todo está naciendo y aún no ha acabado de nacer; todo viene cargado de posibilidades y potencialidades que constituyen, exactamente, la condición de la evolución. Si todo estuviese acabado y dado, no habría evolución. Nosotros estaríamos todavía saltando alegremente de rama en rama, comiendo plátanos y bajando de los árboles, como nuestros antepasados de las selvas tropicales africanas hace millones de años. Pero no, evolucionamos. Se activaron nuevas posibilidades dentro de nuestra realidad. Llegamos a lo que hoy somos. Y continuarán activándose otras, en nosotros y en el universo, porque todavía no hemos acabado de nacer. Estamos en proceso de parto, en cosmogénesis y en antropogénesis.

Necesitamos, pues, ampliar nuestro concepto de realidad. A la realidad pertenece lo posible, aquello que todavía no existe y que puede llegar a ser. Por eso la realidad se presenta siempre como algo abierto, algo hecho y todavía por hacer. La realidad es mayor que lo dado. Incluye una promesa, un proyecto latente, una virtualidad escondida, un mensaje que quiere comunicarse. La historia es el espacio en el que afloran todas estas dimensiones potenciales, se tornan visibles y sacramentales.

La utopía y la imaginación viven de lo potencial y de lo posible. A través de ellas observamos lo dado y distinguimos las virtualidades que tiene dentro. Con la imaginación y la fantasía proyectamos su eventual realización en el futuro. Nace así la utopía: una imagen todavía no rea-

lizada, pero posible, presente dentro de la realidad y proyectada hacia adelante, en el futuro. Por eso la utopía, la fantasía y la imaginación no se oponen a la realidad. Son parte de ella, su mejor parte. La imaginación, enseñaba el filósofo francés Gaston Bachelard, no proporciona sólo una imagen de la realidad, es la facultad de formar imágenes que sobrepasan la realidad. La imaginación ve la realidad grávida de posibilidades, que proporcionan nuevas imágenes de ella. Por eso también la superan.

El ser humano es por excelencia un productor de imágenes y de utopías. Por medio de ellas crea visiones que le proporcionan un horizonte más abierto de la vida y del futuro. La gran lucha de los tiempos actuales no se da entre ideologías globales, sino entre visiones y utopías. La pregunta básica es: ¿Quién proyecta la visión y la utopía que sean al mismo tiempo las más prometedoras y viables para los problemas de la humanidad?

Esa capacidad de crear visiones, utopías e imágenes es irrenunciable. El ser humano, subraya el escritor y filósofo contemporáneo francés Albert Camus (1913-1960), es «la única criatura que se niega a ser lo que es». Siempre quiere ser más. Quiere desentrañar de lo profundo de sus fantasías y utopías un ser mejor, más exuberante, más inteligente, más sensible, más capaz de comunicación y de amor.

¿Qué sería del ser humano si no tuviese utopías, sueños, deseos, fantasías e imaginaciones sobre sí mismo, su familia, sus hijos y sus hijas, su profesión, su ciudad, su país, el planeta Tierra y la vida más allá de la vida? Sería apático, amorfo, resignado, desalentado, un semimuerto caminando por ahí. La utopía le hace irradiar, crear, proyectar y tener un fuego interior. Le revela lo mejor que se esconde dentro de él. Es el águila que despierta queriendo siempre levantar el vuelo. La gallina también tiene sus buenas razones. Es la realización posible de un sueño; es un dato palpable y concreto. Pero ese dato guarda un proyecto mayor; esconde dentro de sí un águila: la apertura al infinito, esencial al ser humano.

6.3. Ser humano: poético y prosaico

Uno de los más inspirados poetas alemanes, Friedrich Hölderlin (1770-1843), dijo lo siguiente: «El ser humano habita poéticamente la Tierra». Y este pensamiento lo completó después un pensador francés, Edgar Morin: «El ser humano habita también prosaicamente la Tierra». Poesía y prosa son dos géneros literarios diferentes porque suponen dos modos existenciales de ser distintos.

La poesía supone una persona creadora. La creación hace que la persona se sienta tomada por una fuerza mayor, fuerza que le produce emociones inusitadas, ideas nuevas, metáforas significativas, sentidos sorprendentes. La creación puede llevar al éxtasis. Bajo la fuerza de la creación y en situación extática la persona canta, baila, crea gestos simbólicos y sale de su normalidad. Surge, entonces, el chamán* que se esconde dentro de cada persona. El chamán era una figura central en algunas culturas occidentales y orientales. En nosotros existe como arquetipo, esto es, como aquella figura capaz de sintonizar con las energías del universo, armonizar con la sinfonía universal y vibrar con las cuerdas del corazón, del otro, de la naturaleza, del cosmos y de Dios. Con esta capacidad se descubren nuevos y sorprendentes sentidos de la realidad.

¿Qué significa afirmar que «el ser humano habita poéticamente la Tierra»? Significa que experimenta la Tierra como algo vivo, evocativo, que habla, grandioso, mayestático y mágico. La Tierra es paisaje, colores, olores, inmensidad, vibración, fascinación, profundidad, misterio.

¿Cómo no extasiarse ante la majestad de la selva amazónica? ¿Con sus gigantescos árboles, cual flechas intentando alcanzar las nubes, con la maraña de sus lianas y enredaderas, con los sutiles matices de sus verdes, con la diversidad de sus flores y frutos? ¿Cómo no quedar fascinado con los miles de cantos matutinos de los pájaros cuando despiertan? ¿O con su absoluto silencio después de haber comido alrededor de las 12? ¿Cómo no quedarse

boquiabierto ante la inmensidad de las aguas que penetran tranquilamente dentro de la espesura y descienden mansamente hacia el océano? ¿Cómo no sentirse lleno de temor reverencial al caminar horas y horas a través de la selva virgen? Parece un templo verde habitado por mil divinidades. ¿Cómo no sentirse pequeño, perdido, bichito insignificante frente a la incalculable biodiversidad, la pujanza del verde y la exuberancia de las aguas? Sí, habitamos poéticamente la Tierra en cada momento: cuando sentimos en la piel la suavidad del frescor de la mañana, cuando padecemos el calor del sol a mediodía, cuando nos tranquilizamos con el lánguido caer de la tarde, cuando nos invade el misterio de la oscuridad de la noche. Sentimos, nos estremecemos, vibramos, sonreímos, nos enterrecemos, nos aterramos y nos extasiamos con la Tierra y con su insondable vitalidad. Todos vivimos el modo de ser de los poetas. Somos poetas. Es el águila y lo simbólico que hay en nosotros lo que nos transporta al mundo del éxtasis y del encantamiento.

Efectivamente, son ciegos, sordos y víctimas de la lobotomía del paradigma moderno aquellos que ven la Tierra únicamente como una reserva de recursos naturales, como un laboratorio de elementos físico-químicos y como un conglomerado inconexo de aguas y suelos. La Tierra es Gaia*, Pachamama*, Magna Mater, Gran Madre.

Peró habitamos también prosaicamente la Tierra. La prosa literaria recoge lo cotidiano y lo rutinario de la vida. Lo prosaico es otro modo de ser humano diferente del poético. Es nuestro día a día gris, hecho de tensiones familiares y sociales, de horarios, de obligaciones, de deberes profesionales, de ocupaciones, preocupaciones y discretas alegrías unidas a la subsistencia. Está tejido de intereses que hay que considerar e influenciado por el estatus social que impone opciones y comportamientos.

Lo prosaico posee su inestimable valor. Descubrimos la suave bondad de lo prosaico y de la rutina después de pasar una larga temporada ingresados en un hospital o

cuando regresamos apresurados después de muchos meses de viaje fuera de casa. Nada más realizador e integrador que volver a la vida cotidiana con su sereno y dulce caminar de los horarios y de los quehaceres domésticos y profesionales. Es nuestra dimensión-gallina que nos da la sensación de paz y de una navegación tranquila por el mar de la vida. Poético y prosaico, águila y gallina son complementarios y se turnan de tiempo en tiempo. Al vivir en profundidad la dimensión-águila, aprendemos a valorar la dimensión-gallina. Y porque experimentamos la dimensión-gallina, es por lo que ansiamos levantar el vuelo y apreciar la dimensión-águila.

La cultura de masas moderna desnaturalizó al águila y a la gallina. El ocio, que sería la ocasión de ruptura de lo cotidiano y de la liberación del águila, ha sido invadido por la industria del tiempo libre que incita al exceso, al consumo del alcohol, de drogas y de sexo. En una palabra, incita a disfrutar descontroladamente de todos los sentidos, exceso sin éxtasis y sin reencantamiento del mundo. El águila es obligada a ser solamente gallina, lo dia-bólico sin su referencia a lo sim-bólico.

La dimensión-gallina mantiene al ser humano cautivo dentro de la opacidad de su pequeño mundo: sometido a la simple lucha por la supervivencia, extenuado de trabajo sin la esperanza de poder un día reposar y gozar de un merecido descanso. Y, cuando llega éste, pierde la libertad y la fuerza de vuelo del águila, pues se siente rehén de los que ya han pensado todo para él: cómo organizar su tiempo libre, cómo proporcionarle fuertes emociones y cómo fabricarle una experiencia inolvidable. Y lo han conseguido. Pero como todo está inducido artificialmente, sacrifican la dimensión-águila. El efecto final es el vacío existencial y el doloroso empobrecimiento del espíritu. La gallina reducida a la cerca de su gallinero.

Por eso, frente a esta cultura del exceso y del despilfarro es importante rescatar al águila y no permitir que la gallina se desnaturalice.

6.4. Ser humano: ser de necesidad y de creatividad

El ser humano se presenta simultáneamente como un ser de necesidad y de creatividad. Dicho de otra forma: como un ser que se auto-afirma y al mismo tiempo se conecta con los demás. En esta polarización aparece también la dimensión-águila/gallina, lo sim-bólico y lo dia-bólico.

Ante todo es un ser de necesidad. Tiene necesidad, de comer, de vestirse, de abrigarse, de reproducirse, de comunicarse, de ser feliz y de imaginar un sentido último de la vida y del universo. La vida depende, en realidad, de un plato de arroz con frijoles, de un poco de agua y de alguien con quien compartir la caminata. Gran parte del tiempo de las personas se emplea en la dura faena de luchar por la supervivencia. Se trata de necesidades que deben atenderse permanentemente. Así se garantiza la estructura de la auto-afirmación.

Sin embargo, a diferencia de los animales, el ser humano no posee ningún órgano especializado que le garantice la supervivencia. Biológicamente surge como un ser de carencias. Abandonado a sí mismo, un recién nacido está condenado a morir. No es como un patito que apenas nacido sale nadando y buscando su alimento. El niño necesita de alguien que lo alimente y lo cuide.

Para atender a sus necesidades, el ser humano se ve obligado a abrirse al mundo. Crea el lenguaje, por medio del cual da significado al mundo, e inventa instrumentos con los que prolonga sus miembros. Modifica al mundo y al mismo tiempo es modificado por él. Por esta circularidad produce el hábitat que le da condiciones para poder satisfacer sus necesidades fundamentales.

El conjunto de las modificaciones que hace del mundo y de sí mismo se llama cultura, como hemos visto al comienzo de este capítulo. La cultura es una creación específicamente humana. Atiende a necesidades infra-estructurales y también a aquellas más gratuitas, ligadas al sentido de la vida y de la sociedad.

El ser humano muestra, por tanto, a partir de sus necesidades, de su dimensión-gallina, una apertura al mundo, que se revela como apertura a la cultura. Pero, analizando la dinámica interior de la existencia humana, observamos que ni el mundo ni la cultura llenan totalmente su apertura, que permanece siempre virgen. El ser humano es un ser de apertura pura y simple, está abierto no solamente a esto y aquello, sino a la totalidad de los objetos, al infinito. Es el momento-águila de su vida.

¿Cuál es el objeto final de su apertura, objeto que lo satisface y lo hace descansar? Dejemos esta pregunta en suspenso, rompe-cabezas para los antropólogos y para cada persona que se analice a sí misma. Es la pregunta que da origen a las filosofías y a las religiones. La abordaremos en un momento.

Junto a la dimensión de necesidad aparece en el ser humano también la dimensión de creatividad. Él no sólo busca saciar su hambre. Al hacerlo pone interés, inviste libido, crea arte y belleza. Él no sólo come con la boca, también come con los ojos, adornando estéticamente su plato de comida.

Está habitado por un fantástico potencial de creatividad y de capacidades que quieren expresarse y realizarse en todos los campos: en el lenguaje, en la decoración de la casa, en la forma de vestirse, en la inteligencia, en las artes plásticas, en la creación literaria, en la invención científica, en la producción simbólica de cultura, de filosofía y de religión. En esos y en otros campos realiza su libertad creadora. Esa libertad se ejerce también en su diálogo con el Supremo, con Aquel que es identificado y venerado como el Creador del cielo y de la Tierra.

Al ejercitar sus capacidades, el ser humano demuestra que fue creado creador. Co-crea con las fuerzas directivas del universo y con el *Spiritus creator*. Co-pilota el proceso evolutivo. Coloca su marca registrada en todas las cosas que toca y con las que se relaciona.

No basta cuidar de las necesidades básicas y con eso

hacer la revolución del hambre. Es importante crear espacio para el ejercicio de las capacidades humanas y de la creatividad. Por eso, es necesario completar la revolución del hambre con la revolución de la libertad creadora. Se garantiza así la dimensión de conexión con los demás y con el mundo.

El socialismo hizo sólo la primera revolución, el capitalismo únicamente la segunda. No haber realizado la revolución completa, la de hambre y la de la libertad, creó un callejón sin salida en los dos sistemas sociales que atravesaron todo el siglo xx. Ambos tienen una concepción reduccionista del ser humano: lo ven o sólo como un ser de necesidades que deben ser atendidas (socialismo con su planificación centralizada y colectivizada), o sólo como un ser libre que debe vivir su libertad a cualquier precio, incluso oprimiendo a los demás (capitalismo con su liberalismo e individualismo).

Ni el «nosotros» colectivista ni el «yo» individualista representan la forma más adecuada de organización social, sino el «nosotros» democrático, de una democracia de base fiel a su significado etimológico, que es el poder venido del pueblo, ejercido por el pueblo directamente o a través de sus representantes, y controlado por el pueblo; es decir, democracia popular, que viene de abajo para arriba, participativa, cotidiana, asentada en el funcionamiento de las asociaciones de la sociedad civil, solidaria, libertaria y espiritual. Éste es el proyecto que se está gestando y anticipando en la vasta red del movimiento popular en casi todos los países del mundo. Este proyecto integra al águila con la gallina, lo sim-bólico con lo dia-bólico, la lucha con la fiesta, la producción con la poesía, la eficacia con la belleza, la creación con la espiritualidad.

Como dijo un notable pensador revolucionario del Perú, José Carlos Mariátegui (1894-1930), «Debemos conquistar no sólo el pan, sino también la belleza». Con más énfasis y precisión lo afirmó el poeta cubano José Fernández Retamar: «El ser humano está a merced de dos

hambres: del hambre de pan que es saciable y del hambre de belleza que es insaciable». He aquí la presencia articulada del águila y de la gallina, de lo sim-bólico y de lo diabólico.

Articular las dimensiones gallina y águila de forma que se contrapesen para satisfacer las demandas del ser humano, su infra-estructura material y el mantenimiento de su apertura infinita, es el desafío permanente para toda organización social y política que quiera ser fiel a la compleja naturaleza del ser humano que, por un lado, se auto-afirma y, por el otro, se relaciona con todos y con todo.

6.5. Ser humano: terrenal y divino

¿Cuál es el objeto que llena plenamente esa apertura infinita del ser humano?

Esta pregunta ha quedado sin responder en los párrafos anteriores. Tenemos que responderla. En verdad, la humanidad ya ha dado la respuesta desde la más remota antigüedad. Para eso creó una de las construcciones culturales más complejas e intrigantes que existen: la religión, con su inmensa diversidad de ritos, doctrinas, tradiciones y místicas.

Podemos opinar lo que queramos acerca de la religión, seguir o no una práctica religiosa, pero no podemos desconocer la persistencia y el significado del fenómeno religioso universal, que ha resistido a todas las críticas, a todas las persecuciones y a todos los intentos de aniquilación, que no faltaron a través de los siglos.

¿Por qué esta fuerza invencible de la religión?

Porque la religión remite a un dato anterior a ella, de significación fundamental: la espiritualidad. La espiritualidad, ya lo dijimos, significa el encuentro vivo con la suprema Realidad. Se trata de una experiencia de choque, que cambia el estado de conciencia del ser humano, redefine su identidad y el significado de su vida y de su muerte. La religión es su traducción a los códigos personales y

culturales. A través de la religión el ser humano da y dio una respuesta a la pregunta siempre presente en su agenda: ¿Quién realizará mi deseo infinito? ¿Qué nombre dar al norte hacia donde apunta siempre la aguja de mi brújula? Encontró una palabra reverencial: Dios, Tao*, Brahma*, Yavé*, Olorum*, Quetzalcóatl, Padre-Hijo-Espíritu Santo.

Pero entendamos bien: Dios solamente tendría significado existencial y concreto si fuese la respuesta a la apertura infinita del ser humano. No se trata de un Dios cualquiera, *Deus ex machina*, ya construido de una vez por todas y hecho objeto de credos, dogmas y ritos gerenciados por las instituciones religiosas. Se trata de un Dios vivo, encontrado en la experiencia humana más radical, en la espiritualidad: en la voluntad de trabajar, de crear, de responsabilizarse por este planeta, de escucharse a sí mismo y de mantenerse siempre abierto para aprender y para dejarse influenciar por lo nuevo y por lo que todavía no ha sido experimentado. En este esfuerzo el ser humano se descubre a sí mismo como realmente orientado a una apertura ilimitada, a un «más». Ese «más» tiene las características de lo indescifrable, pues cuando quiere abrazarlo, siempre se le escapa. Se desplaza más adelante. Rasga una nueva apertura. No por eso el ser humano deja de perseguirlo continuamente.

Las religiones trabajan a partir de este «más». Y en este contexto se pronuncia con reverencia y sumo respeto la palabra Dios. Su experiencia recibe otros mil nombres además del de Dios.

Algunas personas religiosas con una comprensión más objetual le dan otros títulos. Se crea así un objeto de veneración y de culto. Lo llaman, como decíamos antes, Yahvé, Alá, Wotan*. Otros, orientados por una comprensión más energética, lo invocan como Espíritu, Atma*, Olorum, Santísima Trinidad. Otros, negándose a cualquier tipo de representación, por ser todas inadecuadas, lo llaman Tao, Nirvana*, Qi*, Misterio. Poco importan los nombres.

Todos están al servicio de este «más» y de esta experiencia originaria de apertura que busca su adecuación.

La religión afirma, determinadamente, que no se encuentra en este mundo ningún objeto que colme esa apertura y cumpla así la función de Dios. Por eso, la religión protesta contra una cultura que presenta sus conquistas, tales como la ciencia, el mercado mundial y la abundancia de mercancías, como si fuesen divinidades. Ellas sí satisfarían plenamente, dicen, esa apertura infinita del ser humano. Gran desilusión, son ídolos y fetiches engañosos. Por eso hay tanto vacío existencial colectivo, tanta falta de solidaridad, de sensibilidad, de piedad con las vidas y con el destino de sus semejantes y de la naturaleza.

La religión quiere trascender este mundo hasta el universo, para poder descansar en la instancia que se adecua a la búsqueda humana. El vacío dentro del ser humano es del tamaño de Dios. Solamente Dios puede llenarlo. Solamente delante de Él el ser humano enmudece y cae de rodillas sin perder la dignidad.

Pero la religión es castigada por esta actitud iconoclasta frente a los ídolos. Se la considera como el opio y la falsa conciencia de quien todavía no se encontró a sí mismo, o, si se encontró, volvió a perderse. Psicoanalíticamente la religión es tratada como la ilusión de una mente neurótica, con deseos obsesivos de protección paterna y materna, que procura en vano tranquilizar el deseo de amparo y hacer soportable el miedo.

La sana religión no es nada de eso. Algunas de sus expresiones podrán ser patológicas; por eso, con razón, deben ser criticadas, y las criticaron los profetas, Sigmund Freud (1856-1939) y Karl Marx (1818-1883). Todo lo que está sano puede enfermar, pero la religión constituye la forma sana y normal que han encontrado los hombres para responder a su apertura infinita. Por eso es profundamente terapéutica, la clínica que la mayoría de los hombres frecuenta. Cura el mal infinito del ser humano.

Aunque siempre sea experimentado en lo «más», más

adelante, más hacia arriba, más profundo, más allá de este mundo, Dios no es vivenciado como una Realidad desconectada de este mundo y fuera de nuestra vida. Dios es vivido como *nuestra* más profunda interioridad, como *nuestra* más alta superioridad. Sentimos que estamos unidos umbilicalmente a Él y Él a nosotros.

Las religiones lo han expresado afirmando que somos de la familia de Dios. Somos imagen y semejanza de Dios, el templo sagrado que abriga a Dios en el corazón. Las religiones nos convencen de que somos también divinos, pues somos hijos e hijas de Dios. Bien lo expresó san Pablo conversando con los filósofos en la plaza pública de Atenas: «Somos de la familia de Dios. Él no está lejos de nosotros. En Él vivimos, nos movemos y existimos». Los místicos, que se encuentran directamente con el Supremo, lo testifican: nosotros estamos tan unidos a Dios y Dios a nosotros, vivimos tan interpenetrados mutuamente, que somos Dios por participación. Dios es nuestra propia y misteriosa Profundidad.

La religión que habla así de Dios cumple una función imprescindible de salud para la vida humana personal y social. A través de ella se vehicula aquella experiencia que buscábamos y que nos faltaba. Bien lo expresó el sabio psicoanalista C. G. Jung (1875-1961):

De todos mis enfermos que estaban en la segunda mitad de la vida, es decir, los que tenían más de 35 años, no encontré ninguno cuyo problema más profundo no se debiese a la cuestión religiosa. Todos, en última instancia, estaban enfermos por haber perdido aquello que una religión viva da a sus seguidores, y ninguno se curó realmente sin recobrar la actitud religiosa que antes tenía. Eso, está claro, no depende absolutamente de la adhesión a un credo particular o de haberse hecho miembro de una iglesia concreta.

La religión nos permite identificar el eslabón perdido. Re-ligar todas las cosas y todas las experiencias. Re-ligar

todos los acontecimientos cósmicos para constituir una cadena coherente. Re-ligar todas las etapas de la cosmogénesis* y de la antropogénesis* para dar unidad al proceso evolutivo. Re-ligar el mundo al yo, el yo empírico al yo profundo, a la sociedad, a la historia, al universo y, por fin, re-ligar todo a su origen secreto, Dios. Dios empapa todo, penetra todo, anima todo, re-liga todo. Todo *está* en Dios y Dios *está* en todo (panenteísmo*, diferente de panteísmo* que dice erróneamente: todo es Dios, Dios es todo).

El ser humano que cultiva esta re-ligación no se siente perdido, ni angustiado, ni desesperado. Todo lo que sucede tiene sentido. Sucede dirigido por la mano invisible de Dios; hasta los absurdos que constituyen una cruz para la inteligencia y una llaga para el corazón. Pero la religión nos hace ver que son como el revés de un bordado, una confusión de hilos de todos los colores y en todas las direcciones. Pero es sólo el revés. El derecho forma una bellísima rosa. Por causa del derecho, el revés tiene sentido y se acepta con generosidad.

Concluyendo, el ser humano es terrenal. Tiene sus raíces en el cosmos y en la Tierra. Es parte y parcela de un todo que lo desborda completamente. Es su dimensión-gallina. Pero al mismo tiempo deja atrás el todo porque es divino. Porque está habitado por el Infinito, que se revela como hambre insaciable de belleza y como apertura sólo plenificable por el mismo Infinito. Es su dimensión-águila.

6.6. Ser humano: *sapiens* y *demens*, sim-bólico y dia-bólico, decadente y rescatable

El ser humano no es solamente sim-bólico, luminoso; es también dia-bólico, tenebroso. Y lo es simultáneamente. Ya hemos considerado largamente su capacidad destructiva de la naturaleza y auto-destructiva de sí mismo, que alcanza en nuestros días un límite peligroso.

¿Cómo ha llegado a eso? Nos enfrentamos a un acontecimiento misterioso, como misterioso fue el hecho de que el águila se hubiese transformado en gallina. Se trata de un fenómeno tan devastador que desafía a la razón analítica. Por eso, las religiones lo abordan mediante otro ejercicio de la razón, a través de narrativas míticas o de grandes símbolos y metáforas.

Existe una base objetiva que hace posible la situación decadente del ser humano. Es el desfase natural entre lo utópico y lo histórico, entre el deseo ilimitado y sus objetos, siempre limitados. En una palabra, no somos el Creador. Nos enfrentamos a una decadencia que es inocente e inevitable. Cada acción intenta hacer realidad el sueño, pero lo que realiza no es el sueño sino una aproximación al mismo. Esta acción, por buena que sea, es decadente frente a la excelencia del sueño o cuando se compara con el Creador. Debemos entender la decadencia en este sentido, no como un juicio moral (valor de una acción), sino como un juicio ontológico (naturaleza limitada, no divina, de un ser y de una acción).

La propia evolución vive bajo esta situación objetivamente decadente, pues dentro del ilimitado número de probabilidades, sólo algunas se hacen realidad. La evolución misma se encuentra en un *crescendo*, es perfectible, pues va de lo imperfecto hacia lo más perfecto. Evolución significa, propiamente, paso de forma simples a complejas, de situaciones de caos a otras de orden y de elegancia. El propio Dios dejó su creación perfectible. Ahora las cosas no tienen una bondad acabada porque su tendencia a la perfección todavía no se ha completado.

En el contexto humano esta diferencia objetiva entre lo utópico y lo histórico y entre la promesa y su realización futura se hace consciente y es subjetivizada. El ser humano puede acoger esa situación alegremente y aceptar el largo camino procesual que lo lleva al paraíso en el futuro. O puede rechazarla, protestar contra ella o cerrarse a una fase del proceso. Puede absolutizarla o pretender,

ilusoriamente, ser él mismo el fin de la historia y del universo. Ésta sería la decadencia en un sentido ético, como algo que no era necesario y que no debía existir. El ser humano asume la responsabilidad por su acto de rechazo. Aparecen entonces la culpa y el pecado. Pecado es, pues, negarse a crecer, negarse a evolucionar, cerrarse en sí mismo y en su mundo, oponerse a la búsqueda infinita.

Esta actitud subjetiva configura una ruptura —bien con el sentido del universo, que está siempre abierto hacia adelante y hacia arriba, bien con Dios, que quiso esta lógica procesual y ascendente—. Dios no quiere ser encontrado solamente al final de proceso, sino en cada momento del mismo y en cada pliegue de la existencia. Él nos da cita en lo transitorio, en lo imperfecto y dentro del proceso. Rompiendo con el sentido del universo y con su Creador, se destruye la re-ligación fundamental con todas las cosas. Es la decadencia querida y realizada, fruto de una libertad que perversamente se autodeterminó así.

La tradición judeo-cristiana llama a esa actitud pecado original, pecado que hace perder la gracia original. Este pecado no debe considerarse como un acto aislado, sino como una disposición permanente, como una actitud. El relato de este antievento en el libro del Génesis no pretende ser una descripción de lo que ocurrió en el origen cronológico de nuestra historia, sino una indicación de lo que ocurre permanentemente en la dimensión profunda y original del ser humano, de cada ser humano.

¿Qué es esa dimensión original? Es el tejido de ligaciones y re-ligaciones que cada ser, y especialmente el ser humano, mantiene con todas las cosas y con su Creador. El pecado original es la ruptura de la re-ligación universal porque —repetimos— es negarse a evolucionar como todos evolucionan. No sólo rompe con Dios, rompe con la comunidad humana, terrenal y cósmica. Esta ruptura es la causa secreta de la violencia del ser humano contra la naturaleza y contra sus semejantes. De *sapiens* se transfor-

ma en *demens*, de sim-bólico, en dia-bólico, de erecto, en curvado y decadente.

Pero esa situación no es natural. Es un contramovimiento de la naturaleza que busca siempre la sinergia y que hace que el caos (*diá-bolos*) sea generativo y ocasión de creatividad (*sím-bolos*).

Por eso el ser humano puede autocorregirse y buscar la redención de su naturaleza original. Puede contar con salvadores que se apiaden de su situación decadente y le ofrezcan oportunidades de vida, como el naturalista que se compadeció del águila convertida en gallina e intentó hacerla volar. Verdaderamente, cada uno debe ser *me-sías*, salvador del otro. Puede escuchar que lo llaman hacia las alturas, como el águila al mirar al Sol. Cada uno debe ser un profeta que proclame el verdadero sentido de re-ligación universal a los demás. Cada persona puede entrar en el proceso de rehacer su segunda naturaleza histórica, como el águila pudo recuperar paulatinamente su ser de águila. Puede orientar su vida en dirección al Sol y descubrir su vocación celestial. De águila cautiva se transformará en águila libre para volar. Cada uno puede ser pastor para los demás en búsqueda de su verdadera naturaleza.

Todas las religiones y tradiciones espirituales están convencidas de que el ser humano es rescatable, que se superará la ruptura de la re-ligación fontal y que triunfará la sinergia y el abrazo de paz entre todos los seres y entre todos los vivientes. Lo sim-bólico suplantarán a lo dia-bólico. Todos estarán bajo el arco-iris de la gracia original, bebiendo de la misma fuente de vida, de bienaventuranza y de eternidad.

6.7. Conclusión: el ser humano, nudo de relaciones totales

¿Qué es el ser humano hombre y mujer? Una paradoja. Un misterio de la tierra y del cielo. Representante de la

creación y de Dios, es verdaderamente un microcosmos, pues su ser resume y compendia todas las dimensiones de la realidad, también de la Última. El ser humano puede ser definido como un ser con potencial infinito de palabra, un nudo de relaciones abierto en todas direcciones. Por eso, solamente se realizará en la medida en que ponga en acción todas sus capacidades de comunicación, de relación y de re-ligación. Su naturaleza aparece en el lenguaje, únicamente suyo, y cuya realización es ilimitada como él mismo.

Esta definición, en verdad, define muy poco. Apenas indica una dirección en la que se vislumbra el ser humano esencial y se desvelan sus innumerables virtualidades, que sólo se hacen reales en la medida en que se transforman en una práctica concreta dentro de un proceso histórico. Por eso el ser humano es un ser de práctica y un ser histórico. Construye su existencia históricamente continuando el proceso evolutivo cósmico-bio-social, junto con otros, en el mundo y en diálogo consigo mismo, con los demás seres y con el Absoluto, practicando su libertad y tomando decisiones a partir de las potencialidades que encuentra en sí mismo, en los demás y en el mundo. Lo que resulta de esta práctica es su esencia concreta e histórica en un continuo re-hacerse.

El ser humano nunca termina de construirse. Cada fin es un nuevo comienzo. Vive desplegado entre la gallina que permanentemente quiere la concreción, y el águila, que siempre busca la superación. Entre lo dia-bólico que lo sumerge en la obscuridad y lo sim-bólico que lo anima hacia la luz. Es una apertura sin fin. Así es en el tiempo, y así será también en la eternidad. El ser humano es un proyecto infinito, connatural a lo infinito de Dios. Dios mismo por participación.

Bibliografía para profundizar

- Alberoni, F., *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 1986.
- Alves, R., *O enigma da religião*, Vozes, Petrópolis, 1975.
- Araújo de Oliveira, M., *Ética e racionalidade moderna*, Loyola, São Paulo, 1993.
- Assmann, H., *Paradigmas educacionais e corporeidade*, UNIMEP, Piracicaba, 1995.
- Benhabib, S. y Cornell, D., *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1990.
- Boff, L., *El destino del hombre y del mundo*, Sal Terrae, Santander, 1985.
- Boff, L., *El rostro materno de Dios*, San Pablo, Madrid, 1991.
- Boff, L., *Iglesia, carisma y poder*, Sal Terrae, Santander, 1992.
- Boff, L., *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización y espiritualidad*, Trotta, Madrid, 2000.
- Boff, L., *A nossa resurreição na morte*, Vozes, Petrópolis, 1996.
- Bolen, J. S., *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*, Kairós, Barcelona, 1993.
- Bonaventure, L., *Psicología e mística*, Vozes, Petrópolis, 1986.
- Campbell, J., *Todos os nomes da Deusa*, Rosa dos Tempos, Rio de Janeiro, 1997.
- Capra, F., *El Tao de la física*, Luis Cárcamo, Madrid, 1984.
- Capra, F., *La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Charon, J., *O espírito, esse desconhecido*, Melhoramentos, São Paulo, 1990.
- Coveny, P. y Highfield, R., *La flecha del tiempo*, RBA, Barcelona, 1993.
- Crespo, J., *História do corpo*, Bertrand, Rio de Janeiro, 1990.
- Davies, P., *Proyecto cósmico*, Pirámide, Madrid, 1989.
- Dirani, Z. C., *O despertar da mulher é o despertar do homem*, Espaço & Tempo, Rio de Janeiro, 1986.
- Duve, Ch. de, *Poeira vital. A vida como imperativo cósmico*, Companhia das Letras, Rio de Janeiro, 1997.
- Edinger, E. F., *O arquétipo cristão*, Cultrix, São Paulo, 1988.
- Ferris, T., *El firmamento de la mente*, Acento, Madrid, 1993.
- Fox, M., *A vinda do Cristo cósmico. A cura da Mãe Terra e o surgimento de uma renascença planetária*, Record, Rio de Janeiro, 1995.
- Galbraith, J. K., *Una sociedad mejor*, Crítica, Barcelona, 1996.
- Gleick, J., *Caos: la creación de una nueva ciencia*, Seix Barral, Barcelona, 1998.